



## Capítulo 15



# *La Aventura de Mariátegui*

## *Nuevas Perspectivas*

GONZALO PORTOCARRERO - EDUARDO CACERES - RAFAEL TAPIA  
EDITORES

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU  
FONDO EDITORIAL 1995



Primera edición, julio de 1995.

*Cubierta:* María del Carmen Herrera y Diego Carvalho Herrera

La Aventura de Mariátegui: Nuevas Perspectivas

Copyright © 1995 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Av. Universitaria cuadra 18, San Miguel. Lima, Perú. Tlfs. 462-6390, 462-2540 Anexo 220.

*Derechos Reservados*

ISBN 84 - 8390 - 980 - 4

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Impreso en el Perú - Printed in Peru

## EL USO DE LA LETRA

### Escritura y sujeto en Mariátegui

Miguel Angel Huamán

Cuando se habla de José Carlos Mariátegui hay un singular detalle que es necesario resaltar: se menciona su nombre acompañado de diversos calificativos como «primer marxista de América», «fundador del Partido Socialista», «crítico socialista», «creador de la tradición nacional», «pensador revolucionario», «ideólogo», etc., pero se deja de lado su condición de *escritor*<sup>1</sup>. Olvidándose que es esta dimensión la que sostiene principalmente a las otras facetas del Amauta.

Esta marginación de su escritura ha conducido a diversas valoraciones de su pensamiento, desde la acusación de «revisionismo» hasta su consideración como «original», «autónomo» y «heterodoxo», que en general lo ubica como un momento transicional en la deconstrucción del paradigma político esencialista del marxismo -de ahí su afinidad con Gramsci<sup>2</sup>-, visión que sin abandonar las tesis epistemológicas del iluminismo, asume como natural su uso de la letra y a su escritura como mero significante de su ideario.

---

1 El término no pretende referir una vocación literaria, ni una profesionalización como la de periodista que José Carlos ejerció; simplemente alude a la «persona que escribe» y en tal sentido es equivalente a escritura, pues, el acto personal de escribir pone en marcha la práctica social de la escritura.

2 Consultar al respecto Osvaldo Fernández Díaz «Gramsci y Mariátegui frente a la ortodoxia», en *Nueva Sociedad*, n° 115, sep.-oct. 1991, Caracas, pp. 135-144.

Muchas lecturas ideológicas de los escritos mariáteguianos han caducado y otras les sucederán para también caducar en su momento, pero lo que permanecerá vigente interpelándonos será su escritura, pues como diría Barthes: «existe en el fondo de la escritura una circunstancia 'extraña' al lenguaje, como la mirada de una intención que ya no es la del lenguaje»<sup>3</sup>.

Quisiera empezar señalando esta paradoja: en vida José Carlos Mariátegui publicó dos libros, *La Escena Contemporánea* (1925) y sus *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928); dejó otros tres organizados: *Defensa del Marxismo* (1934), *El Alma Matinal* y *otras estaciones del hombre de hoy* (1950) y *La novela y la vida* (1955); posteriormente los familiares, en labor encomiable, han cumplido con editar las obras completas del pensador peruano en veinte pequeños tomos, complementados con los ocho de sus escritos juveniles y los dos de su correspondencia; todo finalmente reunido en la hermosa edición de *Mariátegui Total* (1994), recientemente aparecido en dos volúmenes.

Producción, en suma, que lo ubica como uno de los escritores más prolíficos y fecundos de nuestra patria; sin embargo, y ésta es la paradoja, esta proliferación de letras y textos, este incremento de su dimensión de escritor ha permanecido oculta o subordinada ante el peso que adquiere el ideólogo, el marxista, el pensador. Sin embargo, Mariátegui es fundamentalmente un escritor<sup>4</sup>.

---

3 Roland Barthes, *El grado cero de la escritura*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1967, pp. 23.

4 «La Edad Media había establecido en torno al libro cuatro funciones distintas: el *scriptor* ( que recopiaba sin agregar nada), el *compiler* (que no agregaba nada por cuenta propia), el *commentator* (que no intervenía en el texto recopiado sino para hacerlo inteligible) y por último el *auctor* ( que expresaba sus propias ideas, apoyándose siempre en otras autoridades)». Roland Barthes, *Crítica y verdad*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1972, p. 79-80. Podemos afirmar que la escritura de Mariátegui se desenvuelve en el nivel de las cuatro funciones que respectivamente están relacionadas con las cuatro dimensiones de su labor: epistológrafo, periodista, marxista y crítico.

Cuando reivindicamos la dimensión de escritor de Mariátegui no pretendemos evaluar su escritura aludiendo al estilo modernista de su prosa, ni a la técnica periodística de sus trabajos, ni a su opción genérica por el ensayo o influencias parecidas ya intentadas por la crítica, sino al acto de producción, al juego de significantes con los que un sujeto se identifica más allá de su propia conciencia, esta opción, ética en última instancia, tiene sentido no sólo en tanto moral de la forma, sino por cuanto implica la elección del área social en el seno de la cual el escritor decide situar la naturaleza de su lenguaje, su acción de solidaridad histórica, el tono de su compromiso, no reducible a la lengua o al estilo.

¿Por qué al escritor Mariátegui no se le reconoce en cuanto tal? ¿Su valoración como ideólogo implica la exclusión de su escritura? ¿En un país históricamente de analfabetos absolutos o por desuso, el persistir en la escritura no es en sí mismo algo digno de atención? ¿Qué hay detrás de esa reiteración de la letra, tan íntimamente enraizada a nuestro proceso cultural y político, si pensamos en Huamán Poma o en Arguedas?

A nosotros nos interesa, siguiendo con la actitud metodológica de discutir a Mariátegui instalada con motivo del centenario de su nacimiento, llamar la atención sobre esta prioridad de los enfoques críticos que encubren la escritura al jerarquizar aspectos del contenido y del significado en sus lecturas. Pareciera como que hubiera en el uso de la letra en José Carlos Mariátegui algo enigmático, un núcleo traumático que hay que «olvidar y reprimir», que vuelve contingente la letra y la escritura en beneficio de la presencia de una voz y un pensamiento casi siempre interpretado o violentado.

Pero, ¿cuál es el secreto de la escritura mariáteguiana? ¿cuáles son sus rasgos característicos? ¿cómo posibilita las interpretaciones ideológicas? ¿en qué medida lo identifican como sujeto? Intentaremos dar algunas pistas que conduzcan a posibles respuestas, con-

---

5 Cf. Eugenio Chang-Rodríguez, *Poética e ideología en José Carlos Mariátegui*, Trujillo, Normas Legales, 1986, 2ª. ed.

fiando que sirvan como estímulo para aproximaciones más certeras y seguras que la nuestra.

En primer lugar, señalemos que el propio José Carlos tuvo una actitud ambigua en relación al uso de la letra. Hay en sus trabajos mucha conciencia de la escritura («muchos proyectos de libro visitan mi vigilia»<sup>6</sup>), la que se unimisma con su vida («traigo a la exégesis literaria todas mis pasiones e ideas políticas»<sup>7</sup>); pero, alude permanentemente al carácter fragmentario e inorgánico de sus escritos e incluso aparece como rasgo de pulsión de muerte cuando en un apunte autobiográfico dice que «habría seguramente ya curado del todo con una existencia reposada»<sup>8</sup>, lo que directamente nos vincula con los años febriles a su retorno de Europa en los que escribe lo capital de su obra<sup>9</sup>.

Sin embargo, pese a su reiterada insistencia en la letra, Mariátegui no se imagina como escritor, académico o intelectual, presentándose a sí mismo como hombre de acción con una «filiación y una fe», lo que se nota al remarcar su condición de autodidacta.

¿Por qué este rechazo inconsciente a abordarse directamente como usuario de la palabra escrita? ¿Está relacionado con el «olvi-

---

6 Cf. «Advertencia» en *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Lima, Amauta, 1970, 18a. ed.

7 *Op. cit.*, p. 231.

8 Cf. *Correspondencia*, Lima, Amauta, 1984, t. II, p. 331.

9 «Lo sustancial de la producción de José Carlos Mariátegui fue escrito después de su aprendizaje europeo en el decurso de los años 1923 a 1930. En este breve lapso, Mariátegui alcanzó a publicar en forma de libro *La Escena Contemporánea* (1925) y sus decisivos *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928), dejando prácticamente organizados otros tres títulos: *Defensa del marxismo*, *El Alma Matinal* y *otras estaciones del hombre de hoy* y *La novela y la vida*. Por el contrario, los demás tomos que integran sus *Obras Completas* han resultado de compilar sus abundantes escritos, desperdigados en las revistas de la época, principalmente *Mundial*, *Variedades* y la insuperada revista *Amauta* que él mismo dirigiera». Francisco José López Alfonso, «Aproximación al pensamiento estético de Mariátegui», en Ana Pizarro et al., *Pensamiento crítico y crítica de la cultura en hispanoamérica*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1990, pp. 85-117.

do» posterior de sus intérpretes de lo que configura el soporte de su talla intelectual, es decir, su uso de la letra?

Algunas voces han llamado la atención sobre «esa particular intensidad emocional registrable en la nerviosa concisión de la frase»<sup>10</sup> de la escritura mariateguiana; por otro lado, se reconoce en sus breves secuencias la influencia de su labor como periodista y, en base a su opción por el ensayo, se detecta en su escritura la influencia de la prosa modernista. Yo mismo he abordado, en otra ocasión, la problemática de la enunciación del discurso mariateguiano, que recurriendo a la intertextualidad directa incorpora la «voz» de otros, configurando un registro polifónico donde se percibe el sustrato de una asamblea dialógica por donde transitan los diversos temas o problemas<sup>11</sup>. Sin embargo, estas características no nos entregan el secreto de la escritura de Mariátegui.

Tal vez la respuesta podamos hallarla en esta peculiaridad: la preeminencia en la mayoría de las lecturas de la obra mariateguiana de su pensamiento o de su dimensión ideológica por encima de su escritura, la misma que es asumida como simple medio o instrumento al servicio de la idea o el conocimiento, a despecho de las diversas corrientes postestructuralistas que como la derridiana marcan estratégicamente esta ausencia para cuestionar la lógica del pensamiento logocéntrico y su metafísica de la presencia.

Sólo a partir de la diferencia entre el Mariátegui ideólogo y el Mariátegui escritor podemos acceder a la escritura, ámbito donde intentaremos descifrar muchos aspectos enigmáticos de la obra mariateguiana que no se reducen a la remisión a una lengua como corpus de prescripciones generales, ni a los hábitos comunes de los escritores de su época, pues la diferencia es precisamente la persistencia de la letra en José Carlos más allá del ritual.

---

10 Aníbal Quijano, *Reencuentro y debate. Una introducción a Mariátegui*, Lima, Mosca Azul, 1981, p. 114.

11 «*La Escena Contemporánea: ojo normando que me miras*», ponencia presentada al Simposio Internacional «José Carlos Mariátegui», Lima, del 13 al 17 de junio de 1994.

Para nosotros la escritura de Mariátegui es el ámbito de un deseo. Toda escritura, lo han dicho diferentes autores, conlleva una búsqueda imaginaria; por ello, hay un goce en la escritura mariateguiana que supone la satisfacción absoluta del deseo, pero esa satisfacción absoluta no llega jamás, por ello se reitera, supone una lógica de la repetición, la persistencia de una carencia que se ve intersectada por el orden de los significantes, intermediada por la palabra y el lenguaje, por la ley y la cultura, es decir, lo simbólico. Por ello la escritura del Amauta permanece como algo inabordable, más allá del placer del texto y la lectura, porque implica tanto satisfacción como sufrimiento, sin tener ningún significante que lo signifique.

Hay una cierta fisura entre el escritor Mariátegui y el pensador Mariátegui, un claro privilegio de la interpretación sobre la letra, del contenido sobre la forma, del sujeto de la reflexión trascendental sobre el sujeto de la acción reiterativa; una hendidura que hace posible un reconocimiento falso y que caracteriza a la condición humana en cuanto tal, a partir de cuya falta se levanta el andamiaje de lo ideológico, pues es por dicho medio que los destinatarios se reconocen a su vez como sujetos, convocados a una causa cuya ilusión es suponer que ya estaba ahí.

La escisión entre el escritor y el pensador, que posibilita entre otras cosas la enajenación del hombre en una visión totalitaria, cuyo mejor ejemplo es Sendero, es sólo viable a partir del ocultamiento de la integración del sujeto a su escritura, pues es en la conciencia de su falta o desgarramiento donde sólo es posible asumir la tarea democrática como una necesidad y una recurrencia.

Esta construcción imaginaria que el uso de la letra acarrea, no puede ser reducido a un juego universal de especularidad ilusoria pues hay siempre un duro núcleo, un resto que persiste, ¿qué otro sentido tiene la apelación a lo «indio» que transita toda la escritura mariateguiana, si no de servir como único punto en el que nos acercamos a este núcleo duro de lo real en el sueño ficticio de la palabra?

Podemos decir que el «indio» en la escritura mariateguiana es el otro que se parece, el trazo de lo amado y perdido, que sobresale al cuerpo oligarca y que se pretende agarrar desde los Andes; es decir, lo heterogéneo que escapa a la lógica porque posee otra naturaleza de orden real: el objeto lacaniano.

El camino para superar o eludir la fascinación fetichista del contenido es preguntarnos: ¿por qué una escritura inorgánica, una enunciación emotiva y un estilo periodístico sirve a la ideología? ¿por qué el pensamiento mariateguiano asume dicha forma de escritura? No debemos olvidar que la escritura mariateguiana no nos pertenece y que en base a la violencia de otra interpretación, sobre una nueva escisión entre la letra y el pensador, tal vez en algunas décadas la obra de Mariátegui pueda servir para justificar una no tan remota nación autoritaria y estructurada desde un acendrado culto al indio.

Recordemos nuevamente con Barthes que «la identidad formal del escritor sólo se establece realmente fuera de la instalación de las normas de la gramática y de las constancias del estilo, allí donde lo continuo escrito, reunido y encerrado primeramente en una naturaleza lingüística perfectamente inocente, se va a hacer finalmente su signo total, elección de un comportamiento humano, afirmación de cierto Bien, comprometiendo así al escritor en la evidencia y la comunicación de una felicidad o de un malestar y ligando la forma a la vez normal y singular de su palabra a la amplia Historia del otro»<sup>12</sup>.

Sólo desterrando esta dimensión de la escritura es viable la falsa identificación del contenido o el pensamiento revolucionario de Mariátegui que configura la lectura ideológica, pues «ideológica no es la *falsa conciencia* de un ser (social) sino este ser en la medida en que está soportado por la *falsa conciencia*»<sup>13</sup>.

---

12 Roland Barthes, *op. cit.*, p. 18.

13 Slavoj Žižek, *El sublime objeto de la ideología*, México, Siglo XXI, 1992, p. 47.

Lo que caduca es la ideología, lo que permanece es la escritura. Es en este punto nodal donde podemos comprender la peculiaridad del legado mariáteguiano. Su singular asunción del marxismo, calificado de heterodoxo, sin que medie contradicción entre ambos términos. Entender, leer en suma, cómo, a través de su recurrencia al mito, al factor religioso, al problema étnico, cómo, en su reclamo por la ausencia del indio, en su interés por la literatura y su preocupación en torno a la vanguardia, su escritura no cede, mostrándose desde un antagonismo que se resiste a la integración simbólica, a la disolución en la ley de la cultura, lo que le otorga su tono de alegato, de permanente polémica, cuyo sentido último es siempre el reconocimiento de una carencia, de una falta.

«La escritura es un lenguaje endurecido que vive sobre sí mismo y de ningún modo está encargado de confiar a su propia duración una sucesión móvil de aproximaciones, sino que, por el contrario, debe imponer, en la unidad y la sombra de sus signos, la imagen de una palabra construida mucho antes de ser inventada»<sup>14</sup>. Estas palabras de Barthes nuevamente nos clarifican el sentido de la escritura/lectura de Mariátegui: «hemos de aceptar cierto engaño como una condición de nuestra actividad histórica» pues «toda *cultura* es en cierto modo una formación-reacción, un intento de limitar, de canalizar, de *cultivar* este desequilibrio, este núcleo traumático, este antagonismo radical por medio del cual el hombre corta su cordón umbilical con la naturaleza, con la homeóstasis animal»<sup>15</sup>. Por ello abolir esa carencia, esa sutura, interpretar el uso de la letra del Amauta y encasillarla en un sentido, en una plenitud es la fuente de la tentación totalitaria.

La escritura de Mariátegui, ahora sí podemos apreciarlo, en la medida que sería «una formación cuya consistencia implica un cierto no conocimiento por parte del sujeto»<sup>16</sup> es un síntoma, síntoma que en el propio José Carlos se repite y en los intelectuales peruanos también, al punto que llegan a gozar de su síntoma sólo en la medi-

---

14 Roland Barthes, *op. cit.*, p. 22.

15 Slajoj Zizer, *op. cit.*, p. 27-28.

16 *Ibid.*, p. 47.

da en que su lógica se les escapa y en la medida del éxito de la interpretación.

Llegamos así a descifrar la paradoja: el propio Mariátegui se configuraba como sujeto en el falso reconocimiento que soslayaba su condición de escritor e intelectual, de ahí su reiterada precisión de antiacademicismo, el relievesu formación autodidacta, su preocupación por aparecer en su uso de la letra como un intruso en el rito de las letras.

Sin embargo, esta ambigua relación con la letra, esta pasión por el país de adentro, por el «otro país» de la escritura es el rasgo sintomático no sólo de la escritura mariateguiana sino de toda la intelectualidad, de la *intelligentzia*, en formaciones sociales como la nuestra, donde el deseo se reprime, la acción de la palabra se asume marginal como una creencia antes de la creencia, cuya ley ha sido verbalizada por la matriz ideológica marxista cuando reconoce que el intelectual, el escritor, sólo puede incorporarse al proyecto político como «compañero de viaje».

«La escritura está entonces encargada de unir en un solo trazo la realidad de los actos y la idealidad de los fines», escritura política y revolucionaria pues «el poder o la sombra del poder siempre acaba por instituir una escritura axiológica», ya que «efectivamente, el poder o el combate son los que producen los tipos más puros de escritura»<sup>17</sup>. Pero sólo es un falso reconocimiento pues, lo dice De Certeau, «sólo una distorsión permite la introducción de la 'experiencia' en otra práctica, igualmente social, pero simbólica, escriturística, que sustituye el trabajo de investigación por la autoridad de un saber»<sup>18</sup>.

¿Qué se oculta con esta escritura expansiva? ¿tras esta vertiginosa proliferación de letras? ¿qué expresan los libros que con los años han configurado el legado de un hombre fundamental en nuestra tradición cultural? ¿por qué la recurrencia a lo ideológico en su lectura?

---

17 Roland Barthes, *op. cit.*, p. 23.

18 Michel De Certeau, *La escritura de la historia*, México, Universidad Iberoamericana, 1985, p. 112.

No es una ilusión o sueño que construimos para huir de la insoportable realidad, sino como precisa Zizek «una ilusión que estructura nuestras relaciones sociales efectivas, reales y por ello encubre un núcleo insoportable, real, imposible»<sup>19</sup>. La única manera de romper con la prioridad de lo ideológico es confrontar lo real de nuestro deseo que se anuncia en la escritura de Mariátegui.

La obra mariáteguiana se nos muestra en su uso reiterado de la letra, en su escritura que persiste, en su palabra incesante, como un signo cuyo valor se repite, en tanto reitera sobre un fondo de mutaciones la persistencia de la presencia humana; signo-valor que aparece en el panorama de nuestra modernidad solo, una y otra vez, constituyéndose por lo mismo en un signo interpretado, es decir, en un síntoma.

Síntoma que nos habla en ausencia de un espacio fundamental donde reside el impulso de los hombres. Escritura, en fin, deconstructiva de esa racionalidad que parece gobernar el universo, pero que al erigirse en desciframiento de una metafísica se presenta no como espejo sino como desgarramiento, no como suplemento o silencio sino como proyección y diálogo, escritura donde se revela la inevitable carencia<sup>20</sup> a la que estamos condenados y bajo cuyo reconocimiento podemos asumirnos, construir desde nuestra imperfección nuestra condición humana. Tal vez ahí radique el secreto de la escritura de Mariátegui: nos obliga a aceptar nuestra falla<sup>21</sup>, se trate de socialismo, de nación o de democracia.

---

19 *Op. cit.*, p. 76.

20 La escritura mariáteguiana desde esta perspectiva se vincula a la «herida» de Peter Sloterdijk, no sólo porque «no existe gran crítica sin grandes defectos», sino porque «son los heridos graves de la cultura los que con grandes esfuerzos encuentran algunos remedios curativos y hacen girar la rueda de la crítica», pues «toda crítica es trabajo de pioneros en el dolor epocal y una pieza de curación ejemplar». *Crítica de la razón cínica*, Madrid, Taurus, 1989, t. I, p. 24.

21 «El deseo no nos conduce más que a la mira de la falla donde se demuestra que el Uno sólo depende de la esencia del significante». Jacques Lacan, *Aún*, Barcelona, Paidós, 1981, p. 13.